



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

CARAVANA DE ALMAS

CELSO ROMÁN

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: ©Shutterstock

© 2014, Celso Román

© 2014, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4105-4

ISBN 10: 958-42-4105-2

Primera impresión: diciembre de 2014

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S. A. S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

CELSO ROMÁN (biografía)

Escritor colombiano nacido en Bogotá, con estudios de Medicina y de Bellas Artes —con especialización en Escultura—, en la Universidad Nacional de Colombia. Obtuvo el grado de Master Fine Arts, Sculpture en el Instituto Pratt de Nueva York, gracias a una Beca de la Comisión Fulbright. Ha obtenido los premios de literatura *Universidad del Tolima, 90 años de El Espectador, ENKA de Literatura Infantil, ACLIJ —Asociación Colombiana para la Literatura Infantil y Juvenil—, Bogotá Capital Iberoamericana de la Cultura, Premio Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil Norma-Fundación, Beca del IWP —International Writers Workshop, Taller Internacional de Escritores—* de la Universidad Norteamericana de Iowa, *Beca Francisco de Paula Santander de Colcultura*, y el premio *Maestro de Maestros*, otorgado por la Secretaría de Ambiente de Bogotá, por su contribución a la generación de conciencia ambiental, en niños, jóvenes y docentes, a través de su obra literaria. Su producción literaria se acerca a las cuarenta obras, y entre las más conocidas están *Los Amigos del Hombre, Las cosas de la casa, El imperio de las cinco Lunas, Entre amigos, Los animales fruteros, ¿Por qué hay osos que tienen anteojos?, y Aventura en la montaña*, publicados por Editorial Planeta.

*Deseo expresar mi sincera gratitud al
Dr. Luis Enrique Acero Duarte,
quien generosamente me permitió prologar
su excelente monografía histórica Viotá,
un paraíso en los Andes colombianos,
libro que me permitió tener la visión
panorámica de ese municipio
a través del tiempo.*

A quienes llevamos por el mundo el apellido Román y honramos ese hilo de sangre que nos une desde el manantial del pasado, especialmente a Merceditas y Enrique Román Bzurto, Alfa y Omega de la descendencia del General Celso Román, en quienes viven muchos recuerdos que llenan esta historia.

*Y en el corazón, a Patricia, María José, y
Valentina Fabia, compañeras de viaje.*

*¿Dónde andará la caravana de almas en pena
por construir un sueño?*

José Ramón Melendes, *En Borges*

Los hierros de marcar ganado:



PEKÍN



CEYLÁN



FLORENCIA

Contenido

1. El muerto de la guerra	15
2. Dioselina Carriazo	29
3. Epimenia Quitián	58
4. Etelvina Caita	85
5. El gallero	140
6. La Herradura de Oro	151
7. Ismenia Páez	171
8. Luisa Fernanda Márceles	191
9. Madam Sabín	204
10. La Sociedad Comercial Sinisterra-Soto	224
11. La caravana de almas	245

1

EL MUERTO DE LA GUERRA

El artefacto hizo explosión a menos de tres metros de la mesa donde se encontraba Antonio Cunde Román frente a un tinto en pocillo con el letrero *Café de Colombia*, impreso en amarillo, azul y rojo, los colores de la bandera nacional. Después del ruido ensordecedor del estallido vendría el silencio, y segundos más tarde los gritos de dolor, los ayes y los *qué pasó*. Antonio estaba en el Café del Río esperando a Víctor Julio Ángel, un amigo de infancia con quien se escapaban de la escuela complementaria para ir a pescar mojarras, cuchas y dentones en el río Lindo.

Se habían encontrado ayer, cuando Antonio salía de cobrar su cheque de jubilación en el Banco Cafetero de la Avenida Jiménez, abajo de la Carrera Séptima —decía “sétima”—, muy cerca del sitio nefasto y hoy lleno de placas conmemorativas donde fue asesinado el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948 —decía “cuarentiocho”— hacía menos de 22 años.

—*Hombre Víctor Julio —decía “Vitorfulio”— ¿Qué ha sido de tu vida? Creo que a nadie se le olvidan esas fiestas de San Juan y San Pedro cuando el toro Mangarranga te derribó el caballo y te partió la pierna, ¿No ala?*

—*Sí Antoñito, eso fue terrible, la bestia me cayó encima y tuvieron que traerme aquí a Bogotá con este hueso astillado —señaló el fémur derecho—. Me operaron tres veces y tuve una convalecencia de casi seis meses, gracias a Dios quedé bien, pero no volví a montar a caballo.*

Víctor Julio Ángel estaba un poco gordo y escaso de cabellos, pero elegantemente vestido con facha de hombre próspero; usaba sombrero borsalino, traje de paño inglés, chaleco y gabardina británica doblada en el brazo. De su accidente le quedó una leve cojera que disimulaba con su andar pausado, apoyándose en un bastón de madera de chicalá. Su padre, el general Emilio Ángel, veterano de la guerra de los Mil Días, lo había mandado a estudiar Derecho en Bogotá, donde ejercía con éxito la profesión.

—*¿Y qué pasó contigo?, lo último que supe hace unos años era que estabas administrando una de las grandes haciendas allá en Viotá... ¿No era La Liberia de los Bazurto?*

—*No ala, yo administré fue a Florencia, que quedó en cabeza de Aristides Salguero, el marido de doña Fernanda, la hija mayor del viejo Pedro Alejo; cuando él murió, los herederos hicieron una sociedad, que luego pasó a manos de los Sinisterra Soto, y qué te diré de la vida, que me ha tratado bien y mal, ala, porque la cosa allá se puso pesada con la violencia y las invasiones y parcelaciones de los camaradas comunistas; yo perdí lo poco que había hecho y luego mi padre el General Román me consiguió trabajo en el Matadero Central y luego en los Ferrocarriles Nacionales y ahí me jubilé... precisamente vengo de cobrar mi chequecito, pero veámonos mañana y conversamos con más calma. ¿Qué te parece*

si nos encontramos a mediodía allá en el Café del Río? Y señaló al otro lado de la Jiménez, dos cuadras abajo del edificio de la Gobernación de Cundinamarca.

—*Encantado, Antoñito, mañana nos vemos, un gusto saludarte.* El doctor Ángel le extendió la mano con la palma hacia abajo y los dedos abiertos, dejando en la de Antonio Cunde un agradable olor a loción de agua de Colonia, aroma que aún recordaba el día siguiente, cuando estalló la bomba que causó pánico en el centro de Bogotá.

A las once de la mañana —llegó con casi una hora de antelación— entró al Café del Río, pidió un tinto, *bien oscuro por favor, me gusta cargadito* y, como si algo más allá de él y de esta vida lo obligara a hacer un balance, pensó que su amigo Víctor Julio era un alma más de todas las que se había encontrado en la larga caravana de su existencia.

Tuvo tiempo de recordar la noche en que su padrino Arge-miro Pedroza lo despertó a las tres de la mañana para que lo ayudara a separar el huracán de los toros Cazuelo y Mangarranga que se estaban matando a la luz de la luna llena, y que derribaron una cerca de piedra como si fuera de cartón, dejando arado con las pezuñas el suelo del potrero, rodeados por las vacas asustadas, que mugían quedamente no por el efluvio de los machos, sino por el aura de un muerto de la guerra cuya tumba fue destapada por las patas de los padrotes.

El toro Mangarranga era una bestia enorme, montuna y arisca, de astas tendidas, nervioso y ágil, colorado como buen descendiente de los ganados españoles rojos de la raza Retinta Andaluza, que se cimarroneaban en las extensas vegas del Calandaima. Durante la guerra civil los guerrilleros liberales los mataban a tiros de fusil Remington, pero desde cuando se firmó el armisticio de la hacienda Liberia, la paz les impuso cercas de piedra y alambradas de púas, que separaban a

las hembras de diferentes edades, con toros padrotes como el parsimonioso y malgeniado Cazuelo, de pelaje berrendo, manchado en negro, inquieto por la presencia de otros machos rivales como el Mangarranga, que había dejado las rastrojeras enloquecido por el relente de las hembras que entraban en celo después de las primeras lluvias de abril, cuando los potreros se llenaban de cogollos tiernos. Había saltado como un venado por encima de los cercados de alambres de púas y, retador, se enfrentaba al toro viejo embistiéndolo con decisión. Entre bufidos, las dos moles chocaron y entrelazaron las astas escarbandando y roncando sordamente a la luz de la luna.

Antonio era apenas un muchacho que salía de la adolescencia y estudiaba herrería en la escuela complementaria de Viotá, adonde se desplazaba cada día en una mula vieja desde la Hacienda Pekín, donde su padrino lo tenía trabajando en pequeños oficios, por encargo de su comadre Eloísa Cunde.

—*Ese muchacho necesita un papá, y un trabajo también, porque lo que yo gano es muy poquito para sostenernos los dos, y le agradezco que nos hiciera el grande favor de ayudarnos*, le había dicho Eloísa al compadre, quien desde hacía cuatro años y medio tenía a su cargo el jovencito, que había crecido y dejaba atrás la adolescencia. Tenía que combinar el estudio de herrería en la escuela complementaria, con la ayuda en el ordeño, la recolección de café, la alimentación de los cerdos y la traída de encargos del pueblo.

Eloísa vivía en Viotá, donde se sostenía con el oficio de modista. Tenía una vieja máquina de coser, y había tomado en arriendo una casa de paredes blancas y techo de palma, propiedad de Argemiro Pedroza, el administrador de Pekín, quien como tantos hombres en ese tiempo, también era veterano de la guerra de los Mil Días, en la que había participado siendo casi un niño, con apenas 14 años de edad, y fue tamborilero

de uno de los ejércitos liberales del Tequendama —aparece en la placa tomada al grupo de rebeldes por un fotógrafo ambulante antes de la batalla de Tocaima— y es el muchachito que está sentado, con el tambor entre las piernas, las baquetas en la mano derecha y calzando alpargates de yute y con el ala del sombrero recogida para que la cara recibiera la luz y saliera nítida en la fotografía, y que desde esos tiempos nunca dejó de usar sombrero así fuera de noche —como Pancho Villa, el revolucionario mejicano—, y que ahora lo despertaba *Antonio, miijo agarre un rejo y camine que necesitamos gente que ayude a controlar el ganado porque los toros se agarraron y están tumbando las cercas*, y fue cuando él, todavía entredormido descolgó el rejo de la caramera de venado y salió a la noche azul que la luna hacía todavía más fría, y al acercarse a los corrales vieron una escena como de otro planeta, con dos dragones monstruosos matándose en medio de pavorosos bufidos.

Los toros engarzados por los cuernos habían derribado un muro de piedras tapizadas por musgos, líquenes y helechos diminutos donde pelechaban los alacranes. Inmunes al dolor por la rabia misma, los padrotes siguieron encajados por el testuz y el resto del ganado, asustado por el estruendo de la barahúnda, se arremolinaba desesperado y emprendía la huida por la brecha que abrieron los torazos.

—*Ahora sí nos jodimos porque se desperdigó el ganado, preciso cuando el patrón don Desiderio Bazarro viene de la capital a revisarlo... vaya miijo y trae su mula de ir a la escuela y se para aquí y no me deja salir ningún animal, mientras yo voy con los demás vaqueros a rodear y arrear lo que se pueda.*

Sí padrino, ya voy, dijo el jovencito y se dirigió al mangón del Chicalá, un potrero sombreado por un gigantesco árbol de ese nombre, que al final del verano se llenaba de flores amarillas, que tapizaban el potrero de pétalos y pequeños cálices

como si hubiera caído una lluvia de oro. Allí dejaban las mulas mansas, las bestias viejas que llamaban *los táparos de cargar agua*, y las vacas de ordeño, que bramaban a lo largo de toda la noche llamando a sus becerros.

Mientras el padrino organizaba peones y vaqueros que dormían en hamacas guindadas de las vigas y los horcones en los largos barracones que se llenaban de gente que venía a recoger café en las épocas de cosecha grande y de mitaca, el joven Antonio Cunde Román se dirigió al potrero donde los animales resoplaban mientras triscaban cogollos de hierba a la luz de la luna.

Cuando abrió el portón del corral —azul todo bajo el brillo del astro—, las bestias levantaron las cabezas y extendieron las orejas nerviosas mirándolo con atención. El muchacho les habló cantadito, chitándolas para que no le sintieran su miedo. Las mulas trataron de huir amontonándose en una esquina del potrero donde Antonio las arrinconó, aprestó el rejo y lo lanzó con habilidad al cuello de la Medalla, una mula blanca, mansa y vieja, que cada mañana lo llevaba a la escuela. Montado en pelo llegó al cuarto de los aperos, ensilló la cabalgadura, recogió un perrero grueso de madera de guayacán y se dirigió rápidamente al potrero donde los toros habían abierto el boquete en la cerca de piedra. Allí desmontó, dejó amarrada la mula a un árbol de guácimo —le pasó por la mente la voz de un hombre viejo que el día de mercado anunciaba *corteza de guácimo para el cabello*— y en la quietud fue consciente de los intensos ruidos de la noche. Tembló un poco de frío cuando pisó las lajas sueltas que sonaron bajo sus pies, y de pronto le dio miedo al sentir que lo estaban mirando.

Volvió la cabeza hacia donde en la distancia se oían los gritos y los cánticos de los vaqueros tranquilizando el ganado y entonces vio el perfil de un hombre pálido, el ojo hundido y

la cara de dolor medio oculta por un sombrero tejido en palma de iraca, recostado en la cerca de piedra, y abrazando un viejo fusil Gras, marcado *Manufacture Imperiale d'armes Saint Étienne, 1874*, todavía calado con una bayoneta de los tiempos de la guerra que había finalizado hacía 14 años, un poco menos del tiempo que él llevaba de vida en este mundo, pues había sido engendrado en la celebración de una victoria de los ejércitos liberales del Tequendama después de la batalla por la toma de Tocaima.

Acaso para tranquilizarse, Antonio le dijo *buenas, ¿Qué tal la cacería, si se consigue algún animal?*, con ganas de que ese hombre fuera uno de tantos veteranos de la guerra de los Mil Días que se ganaban la vida como jornaleros y en estas noches de luna llena salían en busca de armadillos y borugas con los fusiles de combate modificados como armas de caza.

—*Yo no estoy de cacería, yo soy un muerto de la guerra*, dijo el hombre levantando la cabeza para que entrara la luz de la luna y Antonio viera que le faltaba parte del rostro, acaso volado por una descarga a quemarropa.

Antonio palideció y escuchó casi encima de él la barahúnda de los animales en tropel que ya habían entrado por el otro extremo del potrero arreados por su padrino y los vaqueros. Los dos enormes toros avanzaban dándose cabezadas cada vez que podían detenerse, hasta que volvían a ser empujados por el ganado que se arremolinaba nervioso, acercándose a la brecha donde el muchacho empuñaba el perrero con las dos manos. El Cazuelo y el Mangarranga volvieron a engancharse por los cuernos bufando y babeando, aproximándose al boquete, insensibles a las voces de Antonio, el muchacho que gritaba aterrizado blandiendo el perrero de guayacán, y ya estaban casi encima de él y seguramente lo habrían arrollado si no es porque Francisco Anchique —que así se llamaba

en vida el muerto de la guerra, y había sido subalterno del General Román, el padre de Antonio—, levanta con las dos manos el fusil Gras como si fuera a cargar la bayoneta calada, haciendo que los animales sintieran terriblemente próximo el hielo de la muerte, que los hizo detenerse en seco y recular con los ojos abiertos, como cuando en el matadero perciben que se acerca su fin, intuyendo el degüello. El ganado dejó un semicírculo en la abertura de la cerca derruida, alrededor de Antonio, todavía aterrorizado por la presencia de ese muerto que se dirigió a él con su media cara desbaratada y le dijo, mirándolo fijamente con su único ojo repleto de oscuridad —*las venas con poca sangre, los ojos con mucha noche*, diría Quedo— *yo ya le ayudé con los toros, joven Antonio, ayúdeme usted mañana dándole descanso a mis huesos en tierra sagrada* y por supuesto que le iba a decir que sí, cuando escuchó el grito de su padrino Argemiro Pedroza dando la orden a los vaqueros *oscurécanme esos toros a rejo* y de inmediato los jinetes se fueron por entre el remolino de cachos y colas con las chipas de los rejos por el aire del amanecer que ya empezaba, y a cada toro le cayeron encima por lo menos seis sogas que quedaron templadas a las cabezas de las sillas de las monturas.

El rebelde Mangarranga apéguenmelo al botalón del corral de Pilama, que ese lo dejamos para las fiestas de San Juan y San Pedro, dijo el padrino, marcando desde ese instante el destino del toro para el cuchillo del matarife, la tragedia de Víctor Julio Ángel, y el destino trágico y sin amor de Antonio Cunde Román, por esta vida que le había tocado, y que iba a ser una larga caravana de almas.

—*¿Qué le pasó miijo, nunca había atajado ganado, o es que les tiene miedo a los toros?* Preguntó el padrino Argemiro Pedroza, viendo al jovencito Antonio pálido como una rana platanera, y con cara de estar a punto de ponerse a llorar.

—*Es que vi un muerto, y me dijo que se llamaba Francisco Anchique* —respondió sintiendo las piernas como si fueran de trapo. Los vaqueros se rieron con la ocurrencia del muchacho, pero el padrino se quitó el sombrero para darse la bendición diciendo ánimas benditas de don Pacho, descanse en paz, camine mijo desayunamos y se toma un café bien negro con aguardiente para que se le pase el susto, eso fue que el ganado le pisó los huesos y lo despertó de su sueño eterno.

—*Ustedes me hacen el favor y me cierran provisionalmente este hueco con postes de iguá y alambre de púas mientras arreglamos la cerca de piedra, y el toro Cazuelo lo llevan con sus vacas horras al potrero de la culebra*, dijo Argemiro Pedroza a los vaqueros, repartiendo entre ellos las responsabilidades de volver a poner orden en el mundo.

Jinetes en las cabalgaduras estragadas por la dura jornada, todos enrumbaron hacia la casa de la hacienda Pekín, y a lo largo del camino los envolvieron los cantos de los pájaros que despertaban en medio de la neblina que se levantaba de los cafetales. Al llegar a los patios empedrados, se oyeron tintinear, argentinas, las herraduras de los caballos y las mulas que los hombres liberaron de sus aperos y soltaron en el potrero, luego fueron a desayunar. Sentados en el largo mesón de tablas burdas, hablaron de lo extraño de esta jornada de la noche, y el jovencito Antonio Cunde Román, aunque no mencionó a nadie el tema, ya por dentro había tomado la firme decisión de ir a buscar el muerto de la guerra para cumplirle la promesa de darle descanso en tierra sagrada a sus pobres huesos pisoteados por los toros.

Ese mismo día, a media mañana llegó el patrón don Desiderio Bazurto, vestido de lino, con sombrero de corcho, como los de los exploradores europeos en las colonias de ultramar, montado en una mula zaina, de paso castellano, mansa como

las famosas acémilas que los cartujos criaban para los papas y los obispos. Usaba zamarros, monturas y aperos fabricados por los abuelos de Filemón el talabartero, quien heredó el oficio, y protegía los pies con estribos de bronce que pertenecían a la familia desde los tiempos de su antepasado don Matías Bazurto, quien tenía tanta tierra que en el siglo XIX había donado los terrenos para que se pudiera establecer el pueblo de Viotá, en el sitio donde alguna vez estuvo la aldea indígena de Biuta, que en lengua chibcha significa *muchas labranzas*.

Ese día don Desiderio llegaba de la capital a supervisar los inventarios de la hacienda, y a atender a la comisión de personalidades que lo acompañaban en caravana de notables, entre quienes se encontraban el alcalde, el cura y demás personajes que se abanicaban sudorosos, vestidos *de punta en blanco* después del largo viaje por los caminos de herradura que en el siglo XVI habían sido los senderos de los indios panches, que comunicaban la cordillera de Peñas Blancas con las vegas del Calandaima, donde el guerrero *Cundegarra-de-jaguar*, escondió un tesoro que tras su muerte quedó perdido durante siglos, hasta que en 1942 el cazador Antonio Romero, escarbando en la cueva de una guatinaja —le decía *boruga*— acosada por los perros, encontró dentro de una múcura de arcilla un sapo de oro macizo que pesó casi cuatro kilos y medio, que vendió al Banco de la República en diez mil pesos y que lo sacó de la pobreza para siempre, permitiéndole establecer un negocio de venta de abarrotes en la esquina de la plaza principal del pueblo, al lado de la iglesia, donde los niños hijos de los parceleros del antiguo Ingenio Azucarero de San Antonio iban a comprar panelitas de leche los días de mercado.

Esas rutas de los indígenas se volvieron caminos de herradura que llevaban hasta el fresco portal lleno de helechos, buganvilias, platanillos y palmichas de hoja morada, y de ahí

a los amplios patios de losas de piedra que daban al generoso portal de la espaciosa casa que tenía en el centro una gran jaula donde toda la vida hubo pájaros, que con su algarabía despertaban cada mañana a los habitantes de la residencia, dándoles la impresión de amanecer en un paraíso, cuando los animales no temían a la gente.

En los frescos pasillos los invitados se hacían venias, sonreían y se sentaban a abanicarse con los sombreros, batiéndose en las mecedoras de mimbre y rattán tomando limonada fría, hecha con el agua que goteaba de los filtros de piedra en ollas de barro y endulzada con la panela de los trapiches de la misma hacienda.

Después de los refrescos y un refrigerio liviano *para no dañar el almuerzo* iban a contemplar las labores de vaquería desde un palco improvisado en los altos del edificio de beneficiar café, que lindaba con los corrales donde, durante cinco días, los patrones y sus invitados seguían el aparte de los ganados para seleccionar los erales que dejarían como toros padrotes y luego castrar a los demás; marcar el terneraje nacido en el último año con el hierro de la pagoda —que los trabajadores de la hacienda llamaban *la casita en la canoa*—, y que ponían a calentar al rojo entre los carbones encendidos de gruesas trozas de iguá, samán y guacharaco. El ardiente metal cruzaba el aire del corral y levantaba una nube de vapor, olorosa a carne asada y pelo quemado, entremezclada con los bramidos de dolor de los animales aprisionados por los trabajadores y maneados con sogas de cuero de res. Al soltarlos se incorporaban furibundos a embestir a los peones que ágilmente les sacaban el cuerpo, para regocijo de los patrones y los invitados de honor, que consideraban estos cinco días de trabajos de corral y doma de bestias como el prelude de las ferias y fiestas de San Juan y San Pedro el 30 de junio. En esas festividades era

tradicional que los descendientes de don Matías Bazurto obsequiaran cinco toros bravos y matrerros, para una tauromaquia desordenada en la cual las reses aporreaban borrachos y destripaban caballos, como iba a ocurrir con el fiero Mangarranga y el joven Víctor Julio Ángel, el amigo de Antonio Cunde Román, quien a esa hora, mientras los becerros bramaban de pavor sintiendo el rejo por primera vez en el pescuezo y el metal al rojo en las ancas, iba, jinete en mula vieja, hacia el potrero donde los toros habían derribado el muro de piedra despertando de su sueño eterno a Francisco Anchique, el muerto de la guerra, a quien los cascos de las enormes reses le habían revuelto los huesos y arado la tumba.

Antonio llegó hasta la cerca derruida, apegó la mula al mismo palo de guácimo y del costal de fique sacó una pala; removió las piedras desparramadas y empezó a escarbar en el lugar donde se le había aparecido el veterano de la guerra que lo miraba con tanta tristeza con su único ojo. No había sacado tres paladas de tierra cuando la herramienta chocó contra un tubo metálico, oxidado por 14 años de humedad permanente. Siguió escarbando y destapó el resto del viejo fusil con el mecanismo de cerrojo completamente apelmazado por la herrumbre y la bayoneta también inservible; ya no se leía el *Manufacture Imperiale d'armes Saint Étienne, 1874*, y la madera de cedro de la culata se deshacía entre los dedos. Al lado del fusil, encontró los huesos también carcomidos, con el cráneo desbaratado por el disparo de un mosquetón Remington 1871, de cañón rayado y de grueso calibre disparado casi a boca de jarro contra la cabeza del soldado.

A Antonio le dio miedo al ver esos tristes despojos, se persignó, rezó un padrenuestro y tres avemarías y haciendo de tripas corazón tuvo el valor suficiente para echar en el costal los huesos uno por uno, para cumplirle a Francisco Anchique

la promesa de enterrarlo en tierra sagrada. Después de recoger los restos, cerró el costal, rezó de nuevo, tapó los restos del fusil y se fue en su mula vieja al cementerio del pueblo, acortando la ruta por entre los potreros y el camino de herradura que los campesinos llamaban *el recoveco*, tratando de no dejarse ver de nadie.

Ya empezaba a oscurecer cuando llegó a Viotá y se dirigió al cementerio por el sendero de Capotes, en la vía que llevaba a Tocaima. Estaba afanado porque no quería que lo agarrara la noche en el camposanto, y por un momento pensó en la posibilidad de arrojar el costalado de huesos por encima de la tapia y luego salir corriendo; estaba sudando y se llenó de terror cuando se dio cuenta que con el comienzo de la noche los huesos en la bolsa empezaban a moverse. Sin embargo, venció su miedo y abrió la puerta de hierro que impedía que los burros de la plaza de mercado se metieran en el lugar sagrado, entró casi corriendo —el atardecer pintaba arbores en el cielo de Occidente, que su padre, el General Román llamaba *el sol de los venados*— y en el espacio en medio de dos tumbas abrió rápidamente un hueco donde metió el costal con los despojos del muerto en batalla, lo cubrió completamente con tierra y la apelmazó golpeándola con el dorso de la pala, cuando sintió el golpe de la herramienta contra algo metálico. Miró con cuidado en la media luz del crepúsculo, tocó con los dedos y era algo plano y circular, lo limpió con curiosidad y vio maravillado que era una moneda de oro de los tiempos de la guerra.

—*Es para agradecerle el favor que me hizo, joven Antonio*, oyó que le decían y al volver la mirada, aún arrodillado en medio de las tumbas, vio a Francisco Anchique, el muerto de la guerra, con su rostro desfigurado, pero al menos aliviado del peso del fusil Gras, con una mirada de su único ojo que al muchacho le pareció algo menos triste.

—*Muchas gracias señor Francisco*, dijo el joven incorporándose lentamente y retrocediendo despacio, como haciendo una reverencia apretando en una mano el mango de la pala, de palo de Ambuca que al descortezarlo huele a cebolla, y en la otra, su moneda de oro.

El veterano de la guerra se acostó lentamente, saludó con un movimiento de su media cabeza a Antonio Cunde Román, y se extendió boca arriba, como corresponde a los muertos, con los brazos cruzados sobre el pecho, encima de la tierra removida que con el tiempo habría de llenarse de adormideras, horquetillas, escobos y pequeños rastros, dispuesto por fin a descansar en un lugar donde no lo pisara el ganado, ni lo cagaran las bestias, ni lo mearan los perros.

Cuando el muerto en combate volvió a decir *gracias* sin levantar la cabeza y cerró su único ojo, Antonio ya iba fustigando la mula en la oscuridad y sin mirar para atrás, rumbo a la hacienda de Pekín, donde en ese momento los patrones y los invitados deberían estar sentados a manteles, después de disfrutar la jornada de los trabajos de corral.